

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXI

Febrero de 1944

Núm 224

Puntos de vista

Congresos de juventud

PERIODICAMENTE se realizan Congresos de la Juventud. Se reúnen allí elementos de todos los países con finalidades exclusivamente políticas. Es, por cierto, una práctica excelente, porque ella permite retemplar el espíritu combativo y uniformar los cuadros casi siempre desequilibrados de la juventud. Especialmente en estos países hispanoamericanos no existe, en verdad, una tónica en cuanto a la orientación de la juventud.

Nosotros estimamos que el problema es otro, puesto que el problema no puede colocarse en el terreno de lo estrictamente político sino en el más considerable de la moral. Mientras la juventud no reaccione frente a las debilidades colectivas, frente a los abusos de la política, frente a la corrupción de los ambientes sociales, esa juventud no habrá logrado el verdadero ideal de prepararse para asumir más tarde el control de las actividades públicas. Cada país hispano americano tiene en su seno problemas idénticos en el sentido que insinuamos. No es difícil constatarlo a través de la obra de sus pensadores y publicistas más destacados. En cada uno de estos voceros se advierte la misma preocupación severa, la misma inquietud respecto del porvenir. ¿Qué hace la juventud? se preguntan esos analistas de su inercia. ¿Qué hace la juventud en presencia de los escándalos públicos, frente a la tolerancia culpable de los conductores de los gobiernos? ¿Cuál es su papel?

Lamentarse sin remedio, en la esterilidad de los análisis individuales o estimular la acción viril de los conjuntos sociales para una demostración realista de energía y de conciencia?

Este es el mal de América. El mal más hondo, puesto que las generaciones van entregándose unas a otras la misma incapacidad de acción. La generación que no protesta, que no condena enérgicamente lo que es desmedro de la nacionalidad, empequeñecimiento de la vida espiritual, pone en manos de la que le sucede, el mismo soñoliento sentido de la irresponsabilidad. El permanente encogerse de hombros, el constante énfasis oratorio que no lleva sino a la esterilidad, a la embriaguez verbal, son las únicas herencias que se traspasan unos a otros. Al menos en el símbolo griego, existía una potencialidad viril en la entrega de las antorchas que se pasaban de mano a mano en la carrera hacia el destino. Había un padecimiento, un sacrificio que se hacía en nombre de un ideal al cual todos agregaban la inquietud profunda de sus espíritus. Pero en estas democracias versátiles apenas si la juventud cumple malamente con sus deberes y vegeta en la inacción, entregada a los placeres ciega para tomar en su puño la bandera de la responsabilidad.

Los maestros actuales—salvo las excepciones honrosas de siempre—fueron los jóvenes de ayer. Y los jóvenes de hoy serán los maestros de mañana. Tenemos, pues, derecho para pensar que la antorcha vacilante, humosa y sin carga de espíritu, será entregada sin ceremonias, en medio de la atonía y del sueño, a los que la requieren sin sacrificio y sin sentido alguno de su papel en la colectividad. Y la marcha seguirá igual, entre retóricas manidas y fraseologías pasadas de moda, entre palabras altisonantes y gestos histriónicos. Los maestros enseñarán sus lecciones con el rutinario y flojo impulso de la costumbre y los jóvenes escucharán adormilados el mismo proceso agonizante, con el cual nutrirán sus espíritus apocados. Para ganar la mensualidad los maestros no precisan de sacrificios. Para escuchar las lecciones los jóvenes no harán tampoco sacrificio alguno. Entretanto los pueblos agoni-

zan lentamente en esa atmósfera de inacción, de somnolencia, que es la característica más impresionante de los tiempos actuales en los países de Hispanoamérica.

La unidad espiritual de estas naciones no puede cumplirse a través de las declaraciones diplomáticas, frías y acartonadas, ni a través de las declaraciones políticas, casi siempre interesadas. Se hará sólo cuando la juventud de estos países haya comprendido que tiene obligaciones morales supremas, cuando haya sabido tener el decoro de los movimientos colectivos, imponiendo una conducta moral a quienes han olvidado tenerla o la han menospreciado o vendido. Cuando esa juventud haya sido capaz, en cada país, de acusar a los traficantes, a los venales, a los viciosos, a los inmorales, a los que venden su conciencia por un plato de lentejas.

Sólo entonces los Congresos de la Juventud tendrán un objeto: el superior de hacer patria, de vigorizar el impulso del engrandecimiento, a fin de no ceder sino ante la justicia y defender con decoro el patrimonio de una tierra cuya riqueza otros, más audaces, o más poderosos, se encargarán de apropiársela con sólo mover las manos.